



Núm. 31. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Agosto 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

EDICION DE LUJO
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.
Un mes. 12 rs.
Tres meses. 32
Seis meses. 62
Un año. 120
Madrid.
Provincias. Tres meses. 58 rs.
Seis meses. 74
Un año. 144
En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI
REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza de Prim, núm. 2 — Madrid
Los pedidos de suscripciones pueden hacerse a la misma Administración en libranzas de Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.
Un mes. 8 rs.
Tres meses. 20
Seis meses. 38
Un año. 72
Madrid.
Provincias. Tres meses. 24 rs.
Seis meses. 46
Un año. 84

PUNTOS DE SUSCRICION. — Madrid: Administración, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Ballière, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. López, Carmen, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sánchez Rubio, Carretas, 31; Gujardo, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martín, P. del Sol; y Administración de El Cascabel, Plazuela de Matute, 2. — **PROVINCIAS.** En Barcelona, en la Administración del Correo de la Moda, calle del Carmen, 24, 4.º; en Valencl, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos. — En París Mr. François Ehardt, 55, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout.

SUMARIO.

Carlos Vanloó, por Gerardo Lopez.—*Amor y gloria*, por Blanca de Gassó y Ortiz.—*A la flor de un día*, poesía, por Emilia Calé y Torres de Quintero.—*Soneto*, por Jerónimo Couder.—*Sobre una tumba*, poesía, por Favila Cuesta y Armijo.—*El español Marín*, por Ángela Grassi.—*La catedral de Valencia*, por Nicasio Alvarez.—*Macías*, por Teodosio Vesteiro Torres.—*El antifaz de terciopelo*, por Eduarda de Mendoza y Feijó.—*El loco de Bagdad*.—*Explicación del figurín*.—*VARIACIONES*.—*Correspondencia*.—*Charada*.
GRABADOS.—Vanloó.—Salón de verano en el harem.—Puerta de los Apóstoles de la catedral de Valencia.—Jardines del Serrallo.

CÁRLOS VANLOÓ.

Rara vez la felicidad es compañera de la gloria. Dios, compensando los bienes y los males, reparte por igual sus dones como padre equitativo entre todas sus criaturas.

Así la salud y la alegría suelen ser patrimonio del pobre; el tédio y los cuidados acibaran casi siempre los placeres de los ricos, y aquel á quien el Supremo Hacedor ha dotado con una centella de su propia inteligencia, halla en sus desgracias íntimas, en la envidia de sus compañeros, en la indiferencia del mundo, no siempre atento al culto de las bellezas del arte, mil motivos de pesadumbre, que atenuan sus goces, y acaso ponen un correctivo á su soberbia.

Valle amargo de lágrimas es este en donde no habita la felicidad verdadera, y preciso es buscarla en otra parte, regando con lágrimas las piedras del camino.

Tal fué la existencia, llena de amarguras, del célebre pintor Vanloó, cuyo retrato damos en este número.

Nació en Niza, en 1705, y á la edad de 20 años acompañó á su hermano Juan Bautista, pintor también, á Roma y á París, ayudándole en muchas de sus obras.

La rivalidad que hallan otros en sus compañeros, la halló él en quien había partido su misma cuna, causándole esto dolores inexplicables. También se los causaron unos amores desgraciados, y la muerte de una hija en la flor de su edad, y que era objeto para él de adoración y orgullo.

A este gran infortunio de su vida, se debe uno de sus mejores cuadros, que generalmente las inspiraciones del artista son páginas arrancadas de su propia historia.

Su hija, que se llamaba Carolina, había mostrado desde su infancia extraordinarias disposiciones para la literatura, y consagraba á los libros cuantas horas podía robar á sus domésticos quehaceres.

Su padre, que no sabía leer, exclamaba muy á menudo: —¡ Los libros la perderán !

Y así fué en efecto; contrajo una enfermedad de languidez, que la condujo á pasós agigantados hácia el sepulcro.

Pocos días antes de su muerte, bajó al taller de su padre y se puso á pintar.

Vanloó la sorprendió en su tarea, se acercó á ver lo que pintaba, y halló que era un esqueleto, al cual había puesto sus mismas facciones.

—¡ Niña! no es por ahí por donde se empieza, exclamó el padre, y con mano trémula y agitada, comenzó á borrar la pintura, sustituyendo la de una ninfa.

—¿No estás así mejor? le preguntó despues que hubo concluido.



CÁRLOS VANLOÓ.

—¡Oh, no, contestó Carolina sollozando, estoy muerta, muerta!

En efecto, pocos días despues su padre lloraba arrodillado sobre la fria losa que cubria su tumba.

Aquel magnífico cuadro ha llegado hasta nosotros, con el título de *Una muerta, metamorfoseada en ninfa*.

Vanloó ha dejado además otros muchos y muy buenos cuadros, entre los cuales sobresalen, por su extraordinario mérito, *Eneas llevando á Anquises*, y el *Espíritu Santo presidiendo el casamiento de la Virgen y San José*.

GERARDO LOPEZ.

AMOR Y GLORIA.

(Arreglo del francés.)

El otoño enviaba á la tierra sus tibios reflejos. Las hojas de los árboles comenzaban á huir en alas de la brisa. ¡Pobres hojas que fueron un día bello ornato de la gentil primavera! ¡Ah! del mismo modo huyen los ensueños de la juventud ante el frio razonamiento de los años!

Ni una ligera nube empañaba el azulado y trasparente cielo del lugar de Albano.

Sabido es que la risueña primavera ha fijado su eterna residencia en Italia.

En el lindo jardín de una casa, de apariencia rústica, paseaba una jóven.

En su ardiente mirada parecia brillar el fuego de una inspiracion sublime, y de sus inquietos labios brotaban armoniosas palabras. A no vestir el gracioso y sencillo traje del país, traje que revelaba su modesto origen, hubiérase la tomado fácilmente por una princesa, tal era su aire de distincion y majestuoso porte.

Albina era uno de esos seres privilegiados á quienes circunda la aureola del génio.

Albina, pobre y sencilla aldeana, sentia latir fuertemente su corazon, cuando dejándose arrebatar por la poesía, vislumbraba en lontananza un porvenir de gloria capaz de llenar la noble ambicion que elevaba su espíritu. ¡Pobre niña! El Sér Infinito dotó á tu sér con una chispa de celeste fuego, y tú, no hallando en el sombrío mundo nada que baste á colmar tu fantasía, sueñas con la gloria. ¡La gloria!... ¡Pobre niña! ¿Acaso crees que la gloria es una corona de rosas tan leve y risueña cual esa que has tejido y ciñes á tus blancas sienes? La gloria es una corona sí, pero es una corona de punzantes espinas ocultas bajo unas cuantas hojas de aparente laurel; es una luz opaca que solamente brilla al través de la tumba... ¡Ah! una voz mas poderosa que la mia te dice: ¡Musa inspirada, avanza, avanza hasta llegar al fin de tu ambicioso anhelo! La emocion que agita violentamente tu alma no es un sentimiento vulgar, no; es la inquieta hoguera del génio.

Un leve rumor producido á espaldas de Albina vino á interrumpir su poética improvisacion.

Era que su hermano, escondido tras el ramaje, la escuchaba atentamente, y al querer asomar su rubia cabeza por el verde pabellon que le ocultaba, púsole en movimiento bien á pesar suyo. Albina, como para disculpar su paseo matutino, levantó la mano hácia los bellos racimos de una vid que se enlazaba tortuosamente á los olmos.

—¡Pobre Albina! dijo Luis en tono algun tanto irónico, mientras salia de su escondrijo; ¡pobre Albina! ¡Qué buena es! ¡Sin duda alguna quiere hacer por sí sola nuestra modesta vendimia!

—¡Ah! lo que yo quisiera, respondió con sonrisa melancólica, mientras sus dedos exprimían el jugo de un grano de uva, lo que yo quisiera sería ver suceder con la celeridad de estas gotas los días de mi existencia!

—¿Tan desgraciada eres?

—¡Ay, Luis! perdona a tu hermana si te hace padecer con sus palabras; el aire que aquí respiro me ahoga y causará mi muerte: necesito otra atmósfera, otro horizonte, otro porvenir. Si es cierto que todo espíritu tiene que pasar por el crisol de las lágrimas, preferiría la desesperación y la tumba a esta continuación de monótonos días.

—¡Vuelve en tí, Albina! El camino de la gloria está rodeado de precipicios, y la mayor parte de los que pretenden seguirle perecen en ellos. ¡Vuelve en tí, modera tu ambición! ¿Por qué no eres feliz entre nosotros que tanto te queremos? ¡Acaso no se ven satisfechos tus mas leves caprichos? ¡Ah! ¿Por qué la suerte habrá querido darte un alma y una educación ajenas a tu clase? La copa del saber ¡pobre Albina! es para tí la copa del infortunio.

Albina por sola respuesta tendió la mano a Luis, y con paso lento se dirigió a su modesta casa, adonde su hermano la siguió en breve.

Algunos días después, cuando la noche desplegaba sobre la tierra su misterioso velo, una mujer, envuelta en una negra y ancha capa, salía furtivamente de la casa del anciano Jerónimo; deslizóse por el jardín, abrió la puerta que daba al campo, y pronto se halló en medio de él, libre como los pájaros que volaban ante su vista.

Era Albina. Huía de la casa paterna para ir a Roma en busca de la realización de sus poéticos ensueños.

II.

Inmenso gentío llenaba las calles vecinas al *Teatro del Valle*. Gran número de coches marchaban lentamente y en hilera para venir a parar frente al peristilo de dicho teatro.

Casi todos los romanos se apresuraban por ir a ver una notabilidad llegada recientemente a la población. Se hablaba con gran entusiasmo de una desconocida joven que presentándose al empresario había solicitado permiso para improvisar en las tablas; se encomiaba su belleza; y mas de una mujer estaba ya celosa de la naciente adoración que se rendía a la nueva *Diva*.

Al alzarse el telón la poetisa esperaba inmóvil y silenciosa, con la frente melancólicamente inclinada sobre el arpa. ¡Cuán hermosa parecía! Su mirada de fuego dominaba a la multitud, sus largos y negros cabellos caían en sedosos rizos sobre sus espaldas de alabastro; un cerco de oro, pura aureola del genio, coronaba sus sienes... ¿Quién hubiera conocido a Albina bajo la blanca túnica de la nueva pitonisa...?

Un murmullo de admiración circuló de boca en boca. La poetisa había cautivado los corazones.

Se le dió tema. Dicho tema, clave de un ignorado genio, debía ser *la antigua Roma*, cuna de los Marco-Aurelio y los Calígula, la ciudad de las grandes virtudes y los grandes crímenes. Asustáronse todos a la vista de una adolescente niña que debía aceptar tan atrevida empresa, mas apenas comenzó la improvisación prestaron atento oído a la armonía fascinadora de su voz. Albina se indigna con Camilo, llora con Octavio y triunfa con Berenice.

¡Brava, bravísima, Umatissima, Ullustrissima! grita entusiasmado el auditorio; se agitan los pañuelos y una lluvia de flores, ramos y coronas cae a los pies de Albina que con vehemencia lleva la mano a su corazón. A tan elocuente ademán redoblan los aplausos.

Albina se adelanta para dar las gracias, pero detiénese deslumbrada por el esplendor de su gloria... ¡Pobre Albina! había llegado a olvidar que era la hija del anciano Jerónimo para responder a la voz del público que la nombraba su *Diva*.

Cuando salió del teatro la llamaban aun. Al pasar por el pórtico del edificio hubo de atravesar por entre una porción de jóvenes de la alta sociedad, que, formando calle, esperaban que saliera a fin de contemplarla mas de cerca. Albina clavó la vista en el suelo, pero bien pronto la levantó admirada, pues uno de los jóvenes se había adelantado hacia ella y la tendía la mano para ayudarla a subir al coche. Era alto, esbelto, y vestía con elegancia suma; a la mirada de Albina contestó con acento varonil y dulce a la vez: «El marqués de Fortuni, el mas ardiente apasionado de vuestros numerosos admiradores.»

Llegó a su casa, y al dejar sobre el tocador un ramo de siempre-vivas que había conservado, vió en él una tarjeta que decía: «Fortuni.» Instintivamente dirigió la vista al espejo, tal vez quería consultar el grado de su belleza; pero en lugar de su imagen creyó ver la del desconocido marqués que la miraba con apasionados ojos.

Anonadada por tan fuertes emociones, sentóse rendida en una butaca y dejó caer el rostro entre sus manos. Aca-

so la asustaba tanta dicha. El amor y la gloria llenaban su corazón.

III.

Pasaban días y días y la gloriosa reputación de Albina crecía como la espuma, y cada noche después de la ovación que la tributaba el público, veía en medio de la infinidad de flores arrojadas a sus pies, el ramo de siempre-vivas que mantenía *siempre vivo* el afecto de su corazón.

Era una hermosa tarde del mes de noviembre. El sol brillaba con todo su esplendor, y el paseo del *Corso* estaba animado y concurrido como nunca: había tomado por asalto el lujo. Gran número de coches iba y venía incesantemente.

En una elegante carretela se reclinaba Albina; parecía abstraída, y su mirada vagaba en todas direcciones sin fijarse en alguna. Cerca de ella marchaba otra carretela que conducía a una mujer, aun joven y bonita; era la condesa viuda de ***... é iba hablando con un joven que montaba un hermoso caballo alazan.

—¡Oh, sí, decía la condesa en tono irónico, no lo neguéis por mas tiempo, marqués; hús de la sociedad que se queja amargamente de vuestra ausencia, y no es eso lo peor, pues aun hay quien asegura que amais tanto el arte que no sería de extrañar el veros algun día transformado en comediante bardo! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

El coche de Albina pasó rozando con el de la condesa. Al oír la carcajada de esta alzó aquella la vista y se encontró frente al marqués; su mirada era fria como el hielo; ni el mas leve saludo mereció de quien le había dado tantas pruebas de cariño.

Por la noche en vano buscaron sus ojos al marqués de Fortuni entre los espectadores. ¡Concluyéronse los ramos de siempre-vivas! Languideció de día en día su inspiración, y creyó ver eclipsarse para siempre el astro de su amor y de su gloria!

¡Pobre Albina! El marqués de Fortuni es joven, elegante, noble, y sabe hablar al corazón el lenguaje del corazón. Le amabas y eras dichosa al presentarte al ávido auditorio rica con el tesoro de un profundo amor! Tu voz se elevaba llena de ternura para aquel que te escuchaba en medio de la multitud. Cada idea que presentabas no era mas que el disfraz de la frase: «¡Te amo!» y si el pensamiento faltaba a tu embriagado espíritu, volvías los ojos hacia él y entonces el pensamiento tomaba forma para salir de los labios.

¡Insensata! ¿Acaso no sabías que en la injusta balanza del mundo el rango y las riquezas pesan infinitamente mas que todo el poder del genio?

¿Te amaba? No, no te amaba. Tan solo la vanidad le rindió a tus pies, y esa misma vanidad le separa de la senda de tu vida.

¡Cuán horribles son para tí los instantes en que recibes pálida y temblorosa las escasas flores, arrojadas a tu marchita inspiración! Tu voz es triste y lenta, pues no está él allí para escucharla. El ingrato público que antes te aclamaba lleno de entusiasmo, desentendiéndose de tu desgracia te abandona, y el marqués de Fortuni dice frecuentemente a sus amigos: «Cuando el público la abandona ya no será ni bella ni elocuente.» Ah! no sabe que con la dicha podría restituirle la belleza, talisman de la mujer, y la inspiración, talisman del genio.

Algun tiempo después multitud de gente acudía al *Teatro del Valle* para escuchar la última improvisación de la poetisa. La hija de Albano se alejaba de Roma para siempre. ¿Quién se negará a escuchar el supremo canto del cisne y recoger el último aroma de la flor? Por otra parte, el mundo, cruel en su curiosidad, quería observar por vez postera las huellas del dolor estampadas en el rostro de Albina.

Allí estaba también el marqués de Fortuni. Albina empezó su improvisación. Héla aquí:

ULTIMO CANTO (1).

¡Quítadme, oh Cielos, mi inspirada lira!
Apagad de mi mente el sacro fuego
y volvedle a mi pecho, que suspira;
su ya perdido terrenal sosiego!

¿Qué me importa que voces mil resuenen
en torno mio a celebrar mi canto,
si ya dulzura para tí no tienen
los tristes ecos de mi triste llanto!

Hubo un día feliz en que soñaba
a tu lado pulsar lira armoniosa,
y mi frente que el lauro coronaba
alzábase entre todas orgullosa.

(1) Poesía original y escrita antes de ver el texto francés.

Abrasándose el alma en puro anhelo
al brillo fiel de tu mirada ardiente,
alas daba a mi amor que en raudo vuelo
por tí vertía inspiración ferviente.

Y al mirar en tus labios la sonrisa
vagando dulce al celebrar mi canto,
no trocára, feliz la poetisa,
su pobre lira por el régio manto...

¡Su lira!... ¡cruel dolor! De grato sueño
hoy despierta, y tan solo ve en su mano
con roncas cuerdas enlutado leño
y secas hojas de laurel mundano!...

De laurel que algun día codiciosa,
mientras en tu vista inspiración bebía,
para ceñir tus sienes amorosa
hoja por hoja con ardor tejía.

Mas ¡ay! que sueño fué, sueño y locura,
de mi exaltada mente desvarío:
buscar quiero otra gloria... otra ventura...
¡cese, cese por siempre el canto mio!...

¡Otra ventura do venir no pueda
tu imagen a luchar con mi sosiego!...
Ay! ¡qué ventura en este valle queda
al misero mortal que gime ciego?

Adonde quiera que sus pasos guía,
oscuridad constante le acompaña,
y aquel rayo de luz que vió algun día
todo placer con su recuerdo empaña.

¡Cante mi lira mi dolor profundo;
rasgue las nubes su sentido acento,
y último lauro arrebatado al mundo
sobre mis sienes acaricie el viento!!

—¡Todavía, todavía, é carina! gritaba el auditorio. Albina había reconquistado todo su imperio sobre el público.

—Romanos, exclama pasando su calenturienta mano sobre las cuerdas del arpa: cuando aparecí por vez primera en este anfiteatro del Genio, creía en la gloria y el amor, en esas dos deidades del hombre alucinado. El porvenir parecía extenderse ante mis ojos como una radiante escala cuyas gradas perdíanse en el cielo; mas ¡ay! la engañosa escala plegábase cada día bajo mis impacientes pasos. Al principio el aire que respiraba era puro y embriagador cual si emanase de una corriente divina. Conforme ascendía, la atmósfera se viciaba, y héme aquí obligada a detenerme apenas comencé mi carrera.

¡Amor y gloria! ¡bellas y engañadoras efigies, sois cual las pinturas de Apeles: se os admira, se os busca... y no se os encuentra!

Pasó el tiempo ¡oh gloria! en que vestida de humilde y cándida pobreza marchabas casco en mano pidiendo un óbolo, y con los ojos vendados cual los del Amor, pues ambos debíais ser completamente ajenos a las miserias del mundo.

El torbellino de los años ha sumergido la civilización de los antiguos tiempos, y el Amor y la gloria han sufrido el bautismo de los tiempos modernos.

Naciste en el cielo, ¡oh gloria inmortal! descendiste a habitar entre los hombres, y estos, ignorantes a fuerza de saber, han querido hacerte reina... ¡a tí, que eras diosa! Arrebataron a tu frente la eterna aureola del genio para darte una corona vulgar y perecedera! Mas tarde, derribaron tu trono, y al presente una cortesana sin pudor reclama tus derechos y títulos, y para atestiguar su poder, a todos prodiga sus favores.

¿Qué te resta, oh verdadera gloria? ¡Solo un laurel que corona tus sienes, pobre víctima que conducen al suplicio con el Amor!

¿Qué te resta, oh pobre Amor? ¡Una corona de rosas unida a tu enlutado carcaj, única ilusión que te dejaron al arrancar la venda que cubría tus ojos!

El amor y la gloria tienen un pie sobre la tumba... ¡Ay de la humanidad si ambos sucumben, pues el fin de la gloria y el Amor es la muerte!

—¡Aun mas, aun mas ¡oh carina! repetía la multitud frenética de entusiasmo! Albina sentíase inspirada cual nunca; el llanto corría silencioso por sus pálidas mejillas, y una ardorosa fiebre excitaba su espíritu. Mientras el público pedía que no le abandonase, entre una lluvia de flores vió descender a sus pies un ramo de siempre-vivas, pero esta vez no le recogió cual otras; envióle una triste sonrisa; luego fijó sus lánguidos ojos en la multitud y dijo con voz apenas perceptible:

¡Dios mío, dadme fuerzas suficientes para consumir el sacrificio! En seguida huyó precipitadamente del teatro. Cuando fueron en su busca, era ya tarde, habia dejado á Roma para siempre.

Albina volvió á casa de su padre, y allí en la soledad curó de su pasión y ensueños poéticos... cuanto es posible curar de una fiebre de gloria y un recuerdo de amor.

BLANCA DE GASSÓ Y ORTIZ.



Reproducimos con sumo placer la siguiente bellísima poesía, debida á la inspirada poetisa Doña Emilia Calé de Quintero, y que por un error involuntario apareció truncada en un número anterior del CORREO.

Á LA FLOR DE UN DÍA.

Flor entre galas nacida,
¡Por qué tú hermosa corola
Cual antes no miro erguida?
¡Por qué triste y abatida
Te contemplo mística y sola?

¡Recuerdas di, con tristeza,
Que altiva por la mañana,
Ostentabas con belleza
De tu cáliz la pureza,
Y tus hojas de oro y grana?

¡Ah! no extraño tu dolor,
Ni que maldigas tu estrella;
Grande ha sido su rigor.
Que de nada, pobre flor,
Te ha servido nacer bella.

Fatal por cierto es mirar
Tu agonía prematura,
Y ver tus hojas plegar,
Y tu corola inclinar
Con lánguida desventura.

¡Acaso no comprendía
Tu candorosa inocencia
Al perder su lozanía,
Que siendo la *Flor de un día*
Efímera es tu existencia?

¡Que cuando risueña oíste
Ser la reina en hermosura,
Embriagada no creíste,
Que unida á veces existe
La cuna y la sepultura?

Imagen es el mortal,
Linda flor, de ti en la tierra:
Él en su bello ideal,
De placeres sin igual
Mil ilusiones encierra.

Y corre sin reflexión
Tras su ignorado destino
En pos de su decepción;
Mas ¡ay! vuelto á la razón,
Ve una sima en su camino.

Y nada abatido alcanza
En su tormento precoz,
Ni distingue en lontananza
Un destello de esperanza,
Porque ya pasó veloz.

Solo cruzan por su mente
Mil imágenes distintas,
Que divisa débilmente,
Cual fulgor en Occidente
Vaga con pálidas tintas.

Adios, adios, flor preciosa,
La mas linda y delicada,
De tí me aparto llorosa
Al verte en la aurora hermosa,
Y en la tarde marchitada.

Á DOÑA ANGELA GRASSI.

Soneto.

¡Ves, Angela, aquel tronco despojado
De todo su verdor y lozanía?
Pues su elevada copa resistía
Al fuerte soplo de aquilon airado.

En tierra ahora seco, abandonado,
Ni sombra es ya de lo que fuera un día,
Que el tiempo avaro con su acción impía
Nada respeta de cuanto hay criado.

Tal es la suerte ¡oh amiga! reservada,
A nuestro frágil Sér en este mundo
Del mísero mortal triste morada;
Pero mitiga tu pesar profundo,
Que siempre la virtud queda *animada*
Si el cuerpo se deshace en polvo inmundo.

Siempre respetuoso y constante admirador de V, apasionado amigo

Q. B. S. P.
GERÓNIMO COUDER.

SOBRE UNA TUMBA.

Pobre niño, te adoré;
Jóven, mi amor te ofrecí
Y á tus plantas me postré:
Luego, el mundo conocí,
Le conocí... y te olvidé.

Hombre, fui dichas buscando:
Gloria, placeres, amores....
¡Siempre dichas anhelando!
¡Siempre encontrando dolores!
¡Siempre en placeres soñando!

Anciano ya, seca en mí
Del sentimiento la fuente,
Me vuelvo á acordar de tí;
Cual sol que vuelve al Oriente,
Yo vuelvo donde nací,

Mármoles al recorrer
De olvidada sepultura,
Borradas letras, leer
Quiso mi vista insegura
Y... vió tu nombre, mujer.

Y aquel que tanto te amó,
Humilló al suelo la frente,
Y una lágrima brotó
De sus ojos, tan ardiente,
Que el mármol se conmovió.

Y en la sepultura yerta
Hora tras hora pasaba,
Que á la que viva olvidaba
Adoraba estando muerta.

FAVILA CUESTA Y ARMIÑO.

EL ESPAÑOL MARIN.

No hace mucho tiempo hacíamos un viaje de recreo de Barcelona á Tarragona. La tarde era calurosa: la diligencia subía por una rápida pendiente, y marchaba muy despacio. Un anciano de calva frente, y ojos vivos y penetrantes, hablaba con su vecino, sin duda para combatir el fastidio.

—¡La gloria! decía, ¡qué es la gloria! ¡Se ocupa acaso álguien de encomiar lo que es verdaderamente grande, lo que es verdaderamente útil! Los nombres de las medianías fatigan continuamente la prensa, y nadie se acuerda de los que han llevado á cabo nobles y generosas empresas. La celebridad es como los riachuelos; las pajas suben á la superficie; los frutos reposan en su fondo, y acaban por quedar sepultados entre el limo. Y si no, ¿quereis un ejemplo?

Yo tenía un amigo, un amigo del corazón, un amigo de la infancia. Hé aquí la carta que me ha sido remitida después de su muerte, y que guardo, como un religioso tesoro. Si me lo permitis, voy á leerlos algunos fragmen-

tos, y ellos atestiguarán la verdad de cuanto acabo de decirlos.

Todos le pedimos su lectura.

El anciano se quitó el sombrero, y besó con profundo respeto aquel adorado escrito; luego repuso:

—Debo ante todo decirlos quién era el amigo á quien tan sinceramente lloro. Se llamaba Marin, y era natural de Jerez de la Frontera. ¡Cuántas veces jugué con él en la orilla de ese mar azulado, que azota blandamente las costas de Andalucía! ¡cuántas veces me senté con él debajo de los limoneros y naranjos, jugando con las chinitas del arroyo, y cuántas, por fin, sumidos ambos en dulce éxtasis, escuchábamos con religioso silencio esos mil sonidos que despide la feliz naturaleza, y que son otros tantos himnos elevados al Criador omnipotente!

Pero pasó el tiempo y el niño se hizo hombre. Tenía una imaginación ardiente y un alma de fuego; verdadera organización de poeta. Entregóse á una vida turbulenta, y lanzado en un torbellino de placeres, dejó de verme.

Pasóse mucho tiempo.

Un día me paseaba por las orillas del mar. Era una deliciosa tarde de verano, y me hallaba sumergido en una dulce contemplación.

De repente un hombre se paró delante de mí; era Marin. Dí un grito al verle. ¡Ay, solo era la sombra de sí mismo! El abuso de la juventud habia marchitado su lozana primavera, y el sello de la disolución se ostentaba en su semblante pálido, en sus ojos amortiguados.

—Vengo á hablarte, dijo, porque ya no soy lo que fui. En el fondo de la copa de los placeres he hallado saciedad y hastío: la mezquindad de las cosas humanas me ha recordado la voz de Dios, que henchía mi alma de un ardiente entusiasmo, de un júbilo infinito, cuando jugaba contigo en las hermosas tardes de verano.

Mis padres han muerto: estoy solo en el mundo: marchó á la Australia con unos venerables misioneros.

Quise hacerle alguna observación.

—No, me dijo mostrándome la inmensidad del mar que se ofrecía á nuestros ojos, no. ¡Siento que mi alma es grande, y que no puede contentarse con la pequeñez de las cosas de la tierra, como no pueden divertir al hombre los pueriles juguetes de los niños! ¡Necesito un amor mas grande, mas duradero que esos vanos amores de un día; necesito una gloria mas estable que la terrestre gloria. ¡Ay, el aplauso del mundo es como una antorcha cuya llama cambia de dirección según el viento!

Partió.

Oid ahora la lectura de su carta:

“Una tempestad me ha arrojado sobre las costas de Hawaï, una de las mayores de las islas de Sandwich. Naufrago y sin amparo, he hallado sin embargo protección en estos habitantes, á quienes los viajeros nos pintan como sedientos de sangre humana. Lejos de esto, son de carácter bondadoso y afable, y se han aprovechado con fruto de la instrucción que han sembrado entre ellos los misioneros ingleses y americanos.

Me halló sin sentidos en la costa un miserable pescador, y me ha llevado á su cabaña. ¡Cuán distinto es este mar verdoso y turbulento, del que embelesaba un tiempo nuestros ojos! Aquel era la imagen de Jesucristo; este parece imitar la voz tonante del Dios de Abraham y de Moisés.

Aquí, en medio de esta vírgen creación, todo tiene un sello de imponente grandeza. Estos montes no son como los montes de Andalucía, cubiertos de viñedos, mostrando en cada surco la ingeniosa mano de los hombres. Desde aquí divisó el Adunio Kea, inmensa cordillera cubierta de perpétuas nieves: á sus pies se halla el cráter del volcan Kiranea, que es uno de los mayores del universo. Estos gigantescos montes solo ofrecen á la vista peladas rocas, cortadas por profundas gargantas, riscos acantilados y cuevas tenebrosas.

Sin embargo, en algunos lados forman llanos y valles deliciosos, bañados por innumerables riachuelos que serpentean murmurando entre la yerba.

El único y majestuoso habitante de estos sitios, es el silencio. Una piedra que rueda al precipicio, un árbol que se desgaja, un ave que pasa graznando, produce un ruido solemne, repetido durante largo tiempo por todos los ecos de los montes.

Esta agreste naturaleza está sembrada de árboles corpulentos; el sándalo, el moral del papel, cuya corteza se usa para hacer lienzo, el árbol del pan, el cocotero, y el ti, que produce una bebida embriagadora.

Las aves son de especies poco conocidas; sin embargo, he visto cuervos, mochuelos y pluviales.

La casita en donde habito está construida de madera, cubierta de yerba seca. Sus paredes son muy bajas, porque cerca de la tierra van elevándose los dos lados del tejado, hasta reunirse en la cima, formando dos vertientes.

El piso se compone de una capa de juncos secos cubiertos de estera, la cual sirve por lo común de lecho y mesa.

La casa está situada sobre un picacho: á nuestros piés, en el fondo del precipicio, ruje una catarata: sobre nuestra cabeza se cierne sin cesar una negra nube que despierta frecuentes turbiones al interior del país, y solo desaparece para dejar su lugar á otra más densa. ¡Cuánta majestad! ¡Cuánta grandeza!

Y sin embargo, mi espíritu aun no está satisfecho. Quisiera imitar á Dios, produciendo alguna de sus magníficas creaciones; quisiera imitar siquiera á la naturaleza, obrando alguno de sus útiles portentos.

Esta tarde he gozado de un nuevo y bellissimo espectáculo, que acaso me traiga la realización de mis sueños.

Iba á ponerse el sol y el cielo estaba cubierto de nubes inflamadas. Yo me hallaba sentado en lo alto de un picacho, contemplando las aguas que se precipitaban rápida-

Un gallardo mancebo que iba en el centro de la caravana, se diferenciaba en su traje de todos los demás. Llevaba una capa de plumas y un magnífico yelmo en la cabeza. A una seña suya, todos tomaron asiento sobre los agrupados peñascos, y las mujeres, reuniéndose en un vallecito, empezaron la danza.

Su música es ruda, pues apenas usan otro instrumento que el tambor, que suele ser de varios tamaños; pero sus cantos, que ejecutan á coro y acompañados de graciosos ademanes, tienen una belleza seductora.

Cuando cesó la danza era ya de noche. Conferenciaron un instante entre ellos, y por último, uno de los *eries* vino hácia mí y me dijo en inglés:

—¿Eres tú el dueño de esa casita? Vengo en nombre de mi rey, el poderoso Tao-keaoli, hijo de Rihoriho, á decirte que le cedas tu estera y tus provisiones por esta noche.

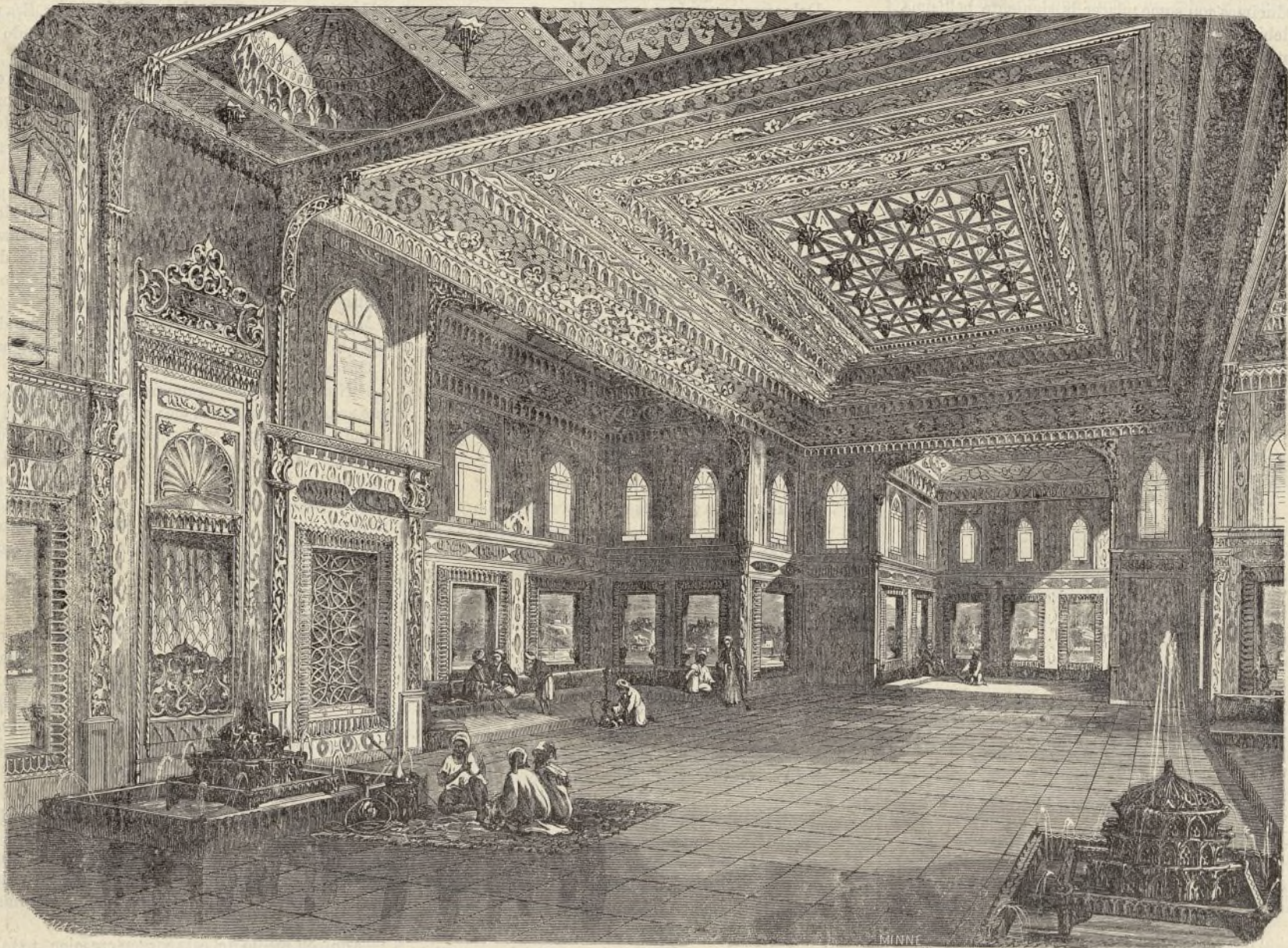
—No me pertenece, respondí sonriendo, y llamando al mismo tiempo al pobre pescador.

majestuoso y sombrío en el centro de un bosque. Constaba de treinta pilares, formados de troncos de árboles, cubiertos de una techumbre de yerba seca y amarillenta. En medio del templo se alzaba un ídolo informe, y á sus piés una inmensa hoguera, entre cuya ceniza se veían aun miembros mutilados y regueros de sangre.

Hice un gesto de horror; la jóven sonrió.

—Tu Dios no quiere sacrificios humanos, dijo; tu Dios es todo paz, todo amor, todo dulzura, y nosotros también lo adoramos. Nuestro Rey Riho-riho, acompañado del venerable Buqui hizo un viaje á Inglaterra para conocerle mejor; ¡pero allí le sorprendió la muerte! Buqui ha vuelto, trayendo tan solo su collar de conchas! Su hijo Tao-keaoli está enfermo; sus mejillas palidecen mas todos los dias, su voz es mas lúgubre, mas lánguida su mirada.

Viendo, pues, que el Dios de los cristianos se muestra sordo á mis ruegos, he querido venir á implorar el socorro de Morais.



SALÓN DE VERANO EN EL HAREM.

mente en el abismo. ¡Ay! Aquella catarata se asemeja al tiempo: desaparece para volver á reaparecer; pero ¿dónde está el grano de arena, dónde está la flor que ostentó por breves instantes en su cauce?

Me sacaron de mi abstracción alegres gritos, y ví venir hácia mí una turbulenta caravana. Delante iban los *eries* ó jefes de distrito; detrás los *toutous*, siervos que carecen de todo rango y propiedad, porque aquí la forma de gobierno es la feudal, y tienen un rey absoluto.

Los que formaban la escolta, llevaban al hombro una esterilla, primorosamente trabajada, que les sirve de escudo y estaban armados de lanzas, dagas, clavos y hondas. Su traje consistía en una pieza de paño basto, pasada entre las piernas y atada en la cintura.

Los jefes se distinguían por sus collares, hechos de sargas de conchitas de varios colores, pendientes como el collar, y la esmerada pintura de sus rostros. Llevaban también abanicos ó pilla-moscas, siendo el de los unos de fibras de coco atadas en manojos á un mango pulimentado y el de los otros de plumas de la cola del gallo ó del pájaro de los Trópicos.

Las mujeres, algunas de delicados perfiles y admirable hermosura, llevan casi el mismo traje que los hombres, solo que se cortan el pelo por detrás, y se lo vuelven por delante.

Este se prosternó varias veces delante del *erie*, y se precipitó en la choza para preparar un digno hospedaje á su monarca.

Toda la comitiva durmió sobre la yerba, y yo busqué un refugio en una gruta tapizada de verde musgo. Pero no pude dormir: no sé qué extrañas ideas hervían en mi mente, y me arrebatában el reposo.

Aun no había aparecido el sol en el horizonte, cuando ya me hallaba de pié, en la margen de un arroyo, armado de mi anzuelo, que es un instrumento de dos pulgadas de largo, formado de madre perla, con puntas de huesecitos, y teniendo por cebo una pequeña pluma.

Ya lo había metido varias veces sin fruto en el agua, cuando oí la voz dulce y melancólica, de una mujer que murmuraba en inglés detrás de mí:

—Jóven extranjero, ¿quieres acompañarme al templo de Morais? Tú, que habitas hace tiempo en estos sitios, sabrás penetrar en la selva que le esconde.

Me levanté y la seguí. Era de una belleza lánguida y delicada, que cautivaba el alma. Una exquisita sensibilidad estaba impresa en su semblante.

Llevaba una pieza de rica tela, ceñida á la cintura, la cual le descendía hasta la rodilla, y su porte era mas cándido y modesto que suele serlo el de aquellas isleñas.

El templo de Morais, antiguo ídolo del país, se alzaba

¡Oh amigo, el Dios de los apóstoles me iluminó en aquel instante! El desató mi lengua, dió fuego á mi mirada, brillantes ideas á mi mente. La jóven cayó de rodillas ante mí con las manos juntas, y de sus ojos se desprendieron brillantes perlas.

Luego se levantó trasportada de entusiasmo, me cogió de la mano y me arrastró consigo.

Conozco la medicina, y al llegar delante del rey, Dios quiso que adivinase en sus miradas la causa de su mal.

¡Tao-keaoli amaba; amaba á la bella jóven que había ido á rogar por él al templo de Morais; pero esta pertenecía á Buqui, su mentor, su segundo padre! El rey, justo, bondadoso y leal, consideraba como un crimen su pasión.

Busqué á Buqui y reuní, para convencerle, todos los tesoros de mi escasa elocuencia.

Dios completó el milagro.

En la tarde de aquel mismo día, el venerable anciano, con las lágrimas en los ojos y la sonrisa en los labios, se presentó al rey, llevando consigo á su esposa.

—Señor, dijo, el matrimonio cristiano, segun tú mismo has dicho, conviene á los hombres y á las mujeres, pero esto es, si se miran como á esposo y esposa; si alguno de los dos no lo hace así, el matrimonio quedará disuelto. Esta es la ley que tú mismo promulgaste. Yo no quiero á mi mujer; tómala, y has de ella lo que quieras.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II, 3.

El rey lanzó un grito de alegría, y abrió sus brazos á la jóven, que se arrojó en ellos llorando de placer, mientras el anciano enjugaba á hurtadillas una lágrima de desesperacion. Yo le señalé el cielo, y una inefable sonrisa vagó en sus lábios, semejante á un rayo de sol, cuando dora la lluvia en las tardes de verano.

Sin efecto ya el viaje. el rey vuelve á su capital Onorura, en donde se efectuará su boda.

¡Yo los sigo, amigo mio; deseo esparcir á raudales el bien en este pais hermoso; deseo labrar la grande obra de su civilizacion!

¡Solo consiguiéndolo podrá realizarse el sueño de mi vida; solo consiguiéndolo podrá saciarse la noble ambicion que me devora! ¡Oh, cuán bien se dormirá en la tumba despues de haber imitado á Dios, esparciendo por doquier paz y consuelo!

—Marin ha cumplido su palabra, señores, añadió el viejecillo doblando la carta, y volviendo á colocarla sobre su corazón.

Un marino español que tocó en la isla, en 1830, nos ha traído las siguientes noticias:

“Cuando me aproximé á Sandwich, dice en su relacion, para proveerme de víveres, tomé todas las medidas precautorias que juzgué convenientes, creyendo abordar á un país casi salvaje, y no fué pequeña mi sorpresa al hallarme en medio de un pueblo enteramente civilizado. Onarura es una poblacion cuyas casas están reunidas en número suficiente para formar una ciudad de 8,000 habitantes; las calles son aseadas, las casas están rodeadas de jardines y se encuentran en ellas todas las comodidades de Europa, como cafés, fondas, billares, gabinetes de lectura y aun teatro. Pero ¿sabeis quién es el mágico que agitando su varita ha producido tal portentoso? ¡qué en tres años ha convertido una nacion salvaje en una nacion civilizada? Pues es un español llamado Marin, quien de tal modo supo ganarse la voluntad del jóven príncipe, que en breve tiempo ascendió á la dignidad de mandarin universal. Marin ha dado un fabuloso impulso á la civilizacion, ha reglamentado la administracion pública, ha terminado la organizacion de sus tropas á la europea, ha extendido la religion cristiana, y en una palabra, ha dado tal lustre á la monarquía y hecho tal revolucion en el caracter de los sandwichenses, ¡que le miran como á un oráculo y le bendicen como á un padre!”

Ahora bien, prosiguió el viejo, ¡hay ningun español que sepa siquiera el nombre del ilustre hijo de Jerez de la Frontera?

A este tiempo acabábamos de descender la cuesta y la diligencia marchó rápidamente.

ANGELA GRASSI.

LA PUERTA DE LOS APÓSTOLES

EN LA CATEDRAL DE VALENCIA.

Hoy que la hermosa ciudad del Cid, se engalana con sus mas bellas galas para atraer, sirena encantadora, á los dispersos viajeros hácia su recinto.

Hoy que multiplica sus fiestas, redobra su animacion, para ofrecerles solaz y descanso entre sus perfumadas flores, y al compás de las azules ondas del Mediterráneo, que le rinde vasallaje, vamos á reproducir en uno de nuestros grabados, sino el más bello, al menos el mas augusto y venerado de sus monumentos.

Aunque inutilizada por el tiempo, la catedral recuerda vivamente la piedad de los fieles, que en épocas anteriores la elevaron para consuelo propio y de las generaciones futuras.

¡Es tan triste la vida! ¡Hay tanta necesidad de orar! ¡El alma oprimida por las lágrimas, halla una expansion tan grande en murmurar una plegaria á los pies del Crucificado, en nuestras góticas iglesias llenas de sombra y majestad!

Las catedrales son los únicos oasis que halla en su viaje el peregrino de la vida.

La catedral de Valencia es bella y espaciosa, y lo que mas la realza es la *Puerta de los Apóstoles*, que da á la plaza de la Constitucion, y que los inteligentes colocan

Este hidalgo jóven viera la luz en Padron, no lejos de las amenas márgenes del Ulla, el rio que se desliza suave por alfombras de flores, para morir en las deleitables playas de Arosa.

En estas lindas comarcas que Galicia ostenta como un trasunto del paraíso, aprendió el tierno doncel á vivir la vida del corazón.

¡Cuántos sueños de amor, de gloria y de ventura bullirian en aquella frente, destinada por la adversidad, no á ceñir la corona de mirtos, laureles y rosas, si á llevar la punzante orla de espinas, triste patrimonio del artista en la tierra!

Siguiendo las caballerescas costumbres de la época y del país, no menos que el impulso de su corazón entusiasta, Macías sirvió al de Villena, par del rey, como gran maestro de una Orden, y famoso en las letras cual en las cortes de amor.

Solo del primer noble de España, y de un noble que comprendia el talento, quiso ser escudero Macías.

II.

Una de las damas del maestro, hermosa é de muy grant beldad, cautivó el corazón del gallego doncel, que de entonces no supo vivir mas que para ella.

Tan ardiente pasión prestó alas á la rica fantasía del poeta, y brotaron las *cantigas* de amores, que susurraron dulcísimos ecos en los oídos de la dama.

Sensible á la lira del trovador, ella respondió á su cariño; y estrechos lazos unieron aquellas dos almas, nacidas la una para la otra.

Llegó un día que el de Villena ordenó á Macías partir junto á D. Enrique III el Doliente, que ansiaba conocer al vate del Ulla.

Este dejó apesarado el nido de sus amores, Jaen, lugar en que habitualmente el marqués residia.

Lejos de la mujer amada, cantó Macías su constancia y lealtad, el fervor de su pasión y la hermosura de su señora, anhelando el instante de volver á su lado.

Cuando lució esta aurora tan suspirada, voló el poeta á Jaen....

¡Ay, su dama estaba casada con el señor de Porcuna!

III.

—Forzada de voluntad del maestro, díome por prós aqueste matrimonio, que me firió el triste corazón, pues tú eres toda mi memoria: duélete de mí, coyada.

Así decia un billete que recibió Macías, despues de saludar á su vuelta al maestro de

Calatrava, y de saber de él que su doncella mayor era ya señora de Porcuna.

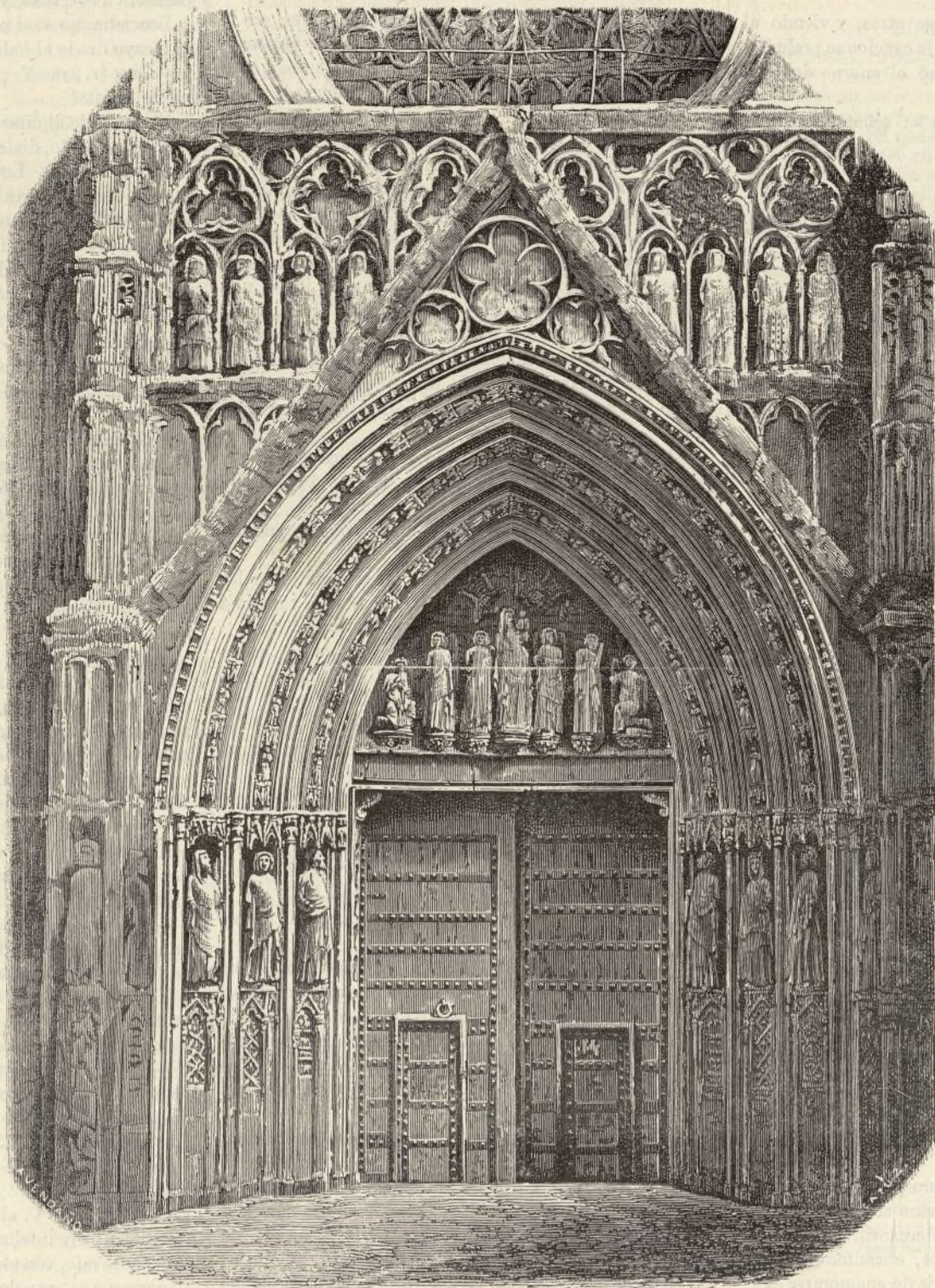
El desgraciado amante se lamentó de su suerte, bien que con el consuelo, criminal por una parte, de ser querido por su antigua señora.

Siempre buen amador, la siguió y sirvió con la misma fe y confianza de antes.

El hidalgo de Porcuna, sabedor al fin de aquel secreto, no quiso matar á Macías, el preciado escudero de su señor; mas contó sus cuitas al marqués.

El de Villena reprendió al trovador, quien viéndose atajado por todas partes, creció en amor y en deseo.

Perdido ya, pues ni consejo ni razón valian en contra, el maestro, con gran descontento propio por no haber sabido á tiempo los amores de Macías, y haber de proceder á la sazón en favor del de Porcuna, mandó llevar preso al poeta á Arjonilla, castillo de la Orden, á cinco leguas de Jaen.



PUERTA DE LOS APOSTOLES DE LA CATEDRAL DE VALENCIA.

al nivel de los mejores monumentos del siglo XIV, que tantas obras maestras nos legó en herencia.

Toma sin duda su nombre de las grandes estatuas que la decoran, aunque su número y la falta de atributos, no confirman esta denominacion.

Las injurias del tiempo, y las vicisitudes y agitaciones políticas, han señalado su paso destructor sobre este bellísimo monumento, é igual fatalidad ha cabido á la puerta oriental, vulgo del *Arzobispo*, verdadera joya bizantina de los mejores tiempos; pero aun así dan una idea de la magnificencia interior del templo al que sirven de portada.

NICASIO ALVAREZ.

MACÍAS.

I.

Don Enrique de Aragon, marqués de Villena y gran maestro de Calatrava, habia hecho su escudero á Macías.

En aquellas tristes prisiones se dolía el infeliz de su desgracia, sin mas alivio que el de prorumpir en débiles *cantigas*, desahogo del corazón, prenda de su firmeza, y protesta de lealtad á su dama.

IV.

Sospeché el de Porcuna que Macías, aun preso, enviaba sus *cantigas* á la señora de su corazón.

Tanta inquietud no cabía en el pecho del hidalgo marido; y ardiendo en celos, voló á vengarse.

Ceballero de adarga y lanza, salió de Jaen, partió á Arjonilla, y llegando á la cárcel en que Macías estaba, oyó cantar así al trovador:

"Señora, en quen fianza
he por cierto sin dubdanza...."

Ciego de ira el de Porcuna, hízose atrás, y viendo al aborrecido rival en la ojiva donde la canción se preludiaba, le arrojó su lanza, que traspasó el cuerpo del leal amador....!

Macías murió con el nombre de su señora en los labios.

V.

El hidalgo huyó al fronterizo reino moro de Granada. Su esposa, la querida del trovador gallego, pobre víctima de amores y dolores, murió poco despues.

El cuerpo de Macías fué sepultado en la iglesia de Santa Catalina del castillo de Arjonilla, adonde le llevaron en hombros los caballeros mas nobles de la comarca.

Sobre su tumba—¡ignorada hoy!—se colocó por orden del maestro la lanza que le habia traspasado, y se grabó la siguiente estrofa de una de sus *cantigas*:

—Aquesta lanza sin falla

¡ay coyado!

non me la dieron del muro,

nin la prise yo en batalla

¡mal pecado!

Mas viniendo á mi seguro

amor falso é perjuro,

me firió sin tardanza;

é fue tal la mia andanza

sin ventura!—

TEODOSIO VESTEIRO TORRES.



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO,

novela original

Escrita por Eduarda Feijóo y de Mendoza.

(Continuacion.)

General, á mi entrada en el mundo era yo una encantadora muñeca, con una vanidad insufrible; una niña tonta, enamorada de sí misma.

Estaba destinada á casarme con un primo, hijo de otro rico negociante de Barcelona, que vino al lado de mi padre á perfeccionarse en la carrera mercantil.

Mi primo era un jóven de 24 años, encantador, bueno y noble; pero que cometió la tontería de enamorarse locamente de mí; así fué que le hice mi esclavo y víctima de mis caprichos: ¡oh! pobre Luis!, no puedo nombrarle sin que me asesinen los remordimientos. Debía casarme al momento, pero ya dije á V. que aborrecía el comercio, y figúrese si amaría á mi primo, comerciante de todo corazón, que no tenía otra carrera por buena; así era que yo atormentaba á Luis á todas horas, diciéndole que no podía amarme, pues tenía el corazón de seda ó encaje.

El me sufría con una paciencia evangélica, y solo me contestaba cuando yo le apuraba mucho: "Magdalena, ¿será posible que has de odiar tanto al comercio, á que debes tu riqueza? Me alegraría que perdieses toda tu fortuna para ver si teniendo solo la mia te hacías mas juiciosa."

Yo furiosa le decía, que nunca me casaría con un hombre que era todo "Números." El pobre muchacho al oírme, como me amaba con pasión, me reponía que se desaharía del comercio, y que hiciese de mi fortuna y la suya lo que deseara; con lo que se firmaban las paces por aquel día, sin perjuicio de volver otro á darle tormento, por cualquier motivo.

Como era tan rica, y bella, figúrese V. si tendría apa-

sionados; así era que mi primo siempre estaba lleno de angustia, lo que me divertía en extremo. Al recordar mi pasado me avergüenzo de mi mal corazón, y de haber sido por espacio de tantos años el verdugo del noble Luis de Azpeitia.

Augusto, V. desde su tierna edad estuvo siempre ausente de Salamanca, y no me habia visto nunca; pero yo conocía á toda su familia.

¿Quién no distinguía á los nobles Ponces de Leon?

En la época de su ausencia de V. era yo el ídolo de la provincia, por mi hermosura, y tambien la mujer mas necia y de peor condicion que tenía España.

CAPÍTULO II.

MI PRIMER DISGUSTO.

Desde mi regreso de Francia, hacia dos meses, era la reina de la moda, y la heroína de los salones de Salamanca. Por todas partes no recibía mas que obsequios y adulaciones, mas un terrible desaire hizo la primera herida á mi vanidad.

Me hallaba un día en mi elegante gabinete de tocador, con una amiga mia, la señorita Leocadia.

Leocadia Suarez era una jóven en extremo insignificante, lo mismo por su belleza que por su talento, motivo al cual debía el que fuese su amiga, porque mi vanidad no sufría ninguna mujer á mi lado que pudiese hacerme frente, por algun estilo. Me unia con esta jóven una amistad tan sincera, cuanto yo era capaz de prodigar. La señorita de Suarez era pobre, aunque noble, yo rica y plebeya: así pues, si ella envidiaba mis millones, envidiaba yo sus pergaminos, y todo estaba equiparado: guardando una sobre otra cierta superioridad, que nos igualaba.

—Magdalena, me dijo Leocadia, supongo que irás al baile de la marquesa de Valdelirios, porque á él asistirá toda la nobleza y elegancia de la poblacion.

—¿Y cuándo es ese baile? la pregunté sorprendida, pues nada sabia.

—Mañana: ¿cómo lo ignoras, si ayer se remitieron las papeletas de invitacion? A casa fué una, aun cuando á mí me convidara personalmente Irene de Valdelirios.

El color de la amapola cubrió mi rostro, porque supuse que cuando no se me habia enviado esquila de convite, ya no lo harían. Sin embargo, disimulé y dije con frialdad:

—Querida, aquí no vino ninguna papeleta de invitacion; ignoro el por qué.

—Tal vez fuese olvido, contestó con malignidad Leocadia, porque veía que en aquello era superior á mí.

—No sé, la dije con indiferencia, no dándome por entendida para que no me venciese. De todos modos, añadí con desden, nada me importa porque el baile de la marquesa debe estar detestable: en el mismo día le hay en el Liceo, al que asistiré.

—Magdalena, tambien en eso te engañas. Los socios del Liceo han sido tan galantes, que suspendieron su baile hasta el domingo que viene; cosa que les agradecieron en extremo la marquesa y su hija. Pero, añadió con burlona gravedad, no te apures, aun puede venirte la esquila de convite, y sino... hija lo siento, mas en mí no consiste.

—Gracias, la contesté con altiva sequedad. Aun cuando me inviten, ya no pienso ir, por no haberlo hecho ayer: es un desaire, y como tal lo tomo.

Demasiado segura estaba yo de que no me convidarían, porque la vieja Valdelirios era orgullosa y soberbia hasta la fatuidad, y para ella nada valían mis millones.

Leocadia estaba silenciosa, no se atrevía á dirigirme mas sarcasmos: yo rompí el silencio y la dije:

—A propósito de los Valdelirios, dime Leocadia, tú que eres tan amiga suya, ¿cuándo se casa Irene? A mí me dijeron que era cosa hecha su enlace con Eguilaz.

—Eso desea mucho Irene, y aun la marquesa, pero Romualdo Eguilaz, á pesar de las riquezas y la nobleza de la señorita Valdelirios, parece que no desea una mujer que lleve siempre la cabeza ladeada, y en disposicion de hacer una cortesía.

Yo solté una carcajada al oír la ocurrencia de Leocadia. Irene Valdelirios era un poco gibosa, y contrahecha hacia un lado, cosa que la desgraciaba muchísimo, porque aun cuando no era fea, perdía el mérito todo, por no ser perfecta y bien formada.

—Pero dime, insistí, ¿por qué la marquesa tiene tanto empeño en casar á su hija con Eguilaz? El no posee mas que su destino, y la señorita Valdelirios es muy rica.

—Tienes razon, me contestó; pero la marquesa no desea en el esposo de su hija mas que nobleza, pues Irene tiene para los dos. Romualdo descende de una casa antiquísima, y la vieja Valdelirios ya está satisfecha: además, ya sabes con qué delirio quiere á su hija, y ella está

locamente enamorada de Eguilaz, hasta el extremo de decir el otro día que solo podía ser feliz casándose con él.

—Y ¿qué mas puede desear Romualdo? dije yo. Irene es noble, riquísima y no sería extraño que fuese marquesa de Valdelirios, pues su hermano Arturo es muy enfermizo. Leocadia se echó á reír y me contestó:

—El por interés se casa, aunque le disgusta en extremo que sus amigos le digan riendo que tiene suerte, pues como su futura mujer lleva siempre la cabeza inclinada hacia un lado, no verá lo que hace del otro.

Yo no pude menos de celebrar los chismes de Leocadia, cuando suspendió mi alegría el ver pasar á un lacayo con la librea de la marquesa de Valdelirios. Llevaba un lio de papeletas en la mano. Se paró enfrente de mi casa, donde vivía un anciano coronel con su hijo; entregó una papeleta á la criada, y salió.

Leocadia, no sé si por favorecerme ó humillarme, dijo al lacayo desde el balcón, al cual estábamos asomadas:

—Gaspar, ¡trae V. papeleta para la señorita Magdalena Bellavista!

El sirviente al oírse llamar, levantó la cabeza y nos saludó con respeto, diciendo sorprendido:

—No, señorita Leocadia, no tengo esquila para la familia de los señores de Bellavista, y estoy seguro de no haber perdido ninguna.

—Bueno, contestó Leocadia con sorna, me equivoqué.

Yo estaba pálida de rabia, y me costaba trabajo contener las lágrimas, próximas á asomarse á mis ojos. Desde aquel día declaré un odio irreconciliable á toda la familia de Valdelirios.

—Querida Magdalena, me dijo la señorita de Suarez, voy á retirarme y puedes creer que siento de corazón que no asistas al baile.

—No te apures, le contesté friamente, no por eso dejaré de acostarme tranquila.

Leocadia me saludó y salió.

Al encontrarme sola, prorumpí en amargas lágrimas, pues mi humillacion habia sido horrorosa. En medio de aquel llanto me sorprendió mi padre, quien me preguntó con cariñoso anhelo:

—¿Qué tienes, hija mia? ¿Quién te ha disgustado? ¿A qué esas lágrimas?

—Lloro porque soy la mujer más desgraciada del mundo, le contesté sollozando. ¿De qué me sirve ser rica? Hoy quisiera ser tan pobre como Leocadia; á ella la admiten, la distinguen. Padre mio, añadí con dureza, si V. fuese noble no sufriría yo este desaire.

—Pero Magdalena, dijo mi buen padre seriamente alarmado, ¿qué significan esas palabras?

—Significa, exclamé con creciente cólera, que deseo con afán una cosa, y me veo privada de ella, y que es por su culpa de V., pues si no se empeñase en tener comercio abierto, las gentes nos mirarian de otro modo.

—¿Qué es lo que desea mi amada hija? Que hable; y aun cuando sea la mitad de mi fortuna, gustoso la daré por ahorrarla una lágrima.

Yo hubiera debido darle las gracias con efusion, al ver tanto cariño, pero mi vanidad estaba tan herida, que al oírle mi dureza fué mayor y le dije con exaltacion.

—Pues bien, aun cuando sacrificara V. todo lo que tiene no me daría lo que yo quiero. La marquesa de Valdelirios da mañana un baile magnífico y á él está convidada toda la nobleza de Salamanca. Y á nosotros no se nos ha convidado porque somos unos miserables plebeyos enriquecidos; porque nos llaman con desprecio, ¡negociantes! Dígame V. ahora si no tengo razon para desesperarme, sino soy infelicitísima. ¿De qué me sirven las riquezas? Padre mio, con todos sus millones, ¿puede V. proporcionarme una papeleta de convite para el baile de la marquesa?

Mi padre al oír esto bajó la cabeza abatido y nada contestó; yo seguí llorando, hasta que la presencia de mi primo llamó mi atencion.

—Magdalena, me dijo dulcemente, sé lo que tienes, pues una casualidad ha hecho que me entere de lo que decías á tu padre, y yo puedo satisfacer tu gusto. No ignoras que soy amigo de Arturo de Valdelirios y haré que hable á su madre para que te convide.

Al escuchar esto me puse en pié como una pantera herida, y enjugando mis lágrimas exclamé con rabia:

—¿Qué dices necio? ¿Quieres envilecerme mas y que crean esas gentes que mendigo su trato? Déjame, véte.

Seguí llorando por espacio de una hora y despues me dirigí al lecho jurando una venganza terrible contra los Valdelirios.

CAPÍTULO III.

VENGANZA.

El baile de la marquesa de Valdelirios se verificó sin mi asistencia. Segun me refirió Leocadia, estuvo santuoso y todos habian extrañado no verme en él, hasta el ex-

tremo de preguntar á la marquesa cómo era que faltaba de su fiesta la reina de Salamanca. Así me llamaban. La orgullosa marquesa respondió con acento desdeñoso "que no tenía trato con tan noble reina." Todas estas noticias aumentadas y comentadas, eran dardos emponzoñados que se clavaban en mi corazón, hiriendo mi vanidad de muerte.

Llegó el domingo siguiente, día en cuya noche estaba acordado el baile del Liceo. Me vestí con mas esmero que nunca, y aseguro á V. que estaba muy bien: llevaba un elegante y lujoso traje de sultana, admirable tanto por el buen gusto como por las riquezas; solo las joyas valían un millon.

Me presenté en el baile, del brazo de mi primo Luis, que vestía de caballero del tiempo de Felipe V: uno y otro llevábamos antifaces de terciopelo negro, y mi buen padre nos dejó á la puerta del salón, entrando despues.

El baile estaba en todo su esplendor, y habian concurrido á él todas las personas notables de Salamanca, por su nobleza ó por su fortuna. Aunque el salón estaba atestado de gente, mi odio divisó al instante en uno de sus extremos á la familia Valdelirios, compuesta de la anciana marquesa y sus hijos Arturo é Irene.

Arturo, futuro marqués de Valdelirios, era un jóven en extremo insignificante, y que solo llamaba la atención por su palidez enfermiza. En cuanto á Irene, hubiese podido llamársela bonita, á no ser por el gran defecto de configuracion que tenía. Como hemos dicho, su giba se levantaba solo á un lado, obligándola á torcer la cabeza é inclinarla sobre el pecho. Llevaba un traje de seda rosa, y una larga manteleta de encaje blanco le cubría los hombros y el talle, lo que le hacia disimular algo su imperfeccion.

Irene Valdelirios, sin tener un gran talento, tenía el bastante para conocer sus propios defectos y saber disimularlos, y así jamás se adornaba sino con ropas tálares. Sentado junto á ella, veíase á su futuro esposo, Romualdo Eguilaz.

Romualdo era lo que se llama una bonita figura, pero su aire fátno é impertinente le hacia perder mucho. En derredor de la marquesa y sus hijos, se agrupaban muchos jóvenes de Salamanca.

El continente de la orgullosa señora demostraba que estaba muy satisfecha con aquella corte; en cambio su hijo parecia aburrirse en sumo grado.

Irene, fijos sus ojos y su alma en Romualdo, no se ocupaba de nada de cuanto pasaba á su alrededor.

Así que entré en el salón me conocieron, no sé si por la esbeltez de mi talle, ó por las ricas alhajas, que solo yo podia ostentarlas tan magníficas.

Lo cierto fué, que algunos jóvenes empezaron á seguirme, y rogarme que me quitase la máscara.

Yo continué dando algunas vueltas por el salón, sin descubrirme á nadie, hasta que despues de un rato me detuve junto al grupo que formaban la marquesa y sus amigos, fijando en ellos los ojos con altiva provocacion.

Uno de los caballeros que estaba sentado al lado de la marquesa, se levantó y acercándose á mí me dijo:

—Graciosa máscara, ¿por qué no te quitas el antifaz? ¿quieres privarnos esta noche de la luz de tu belleza?

—No soy la que te figuras, le contesté fingiendo la voz.

—Hay tales tan encantadores que no se equivocan con ninguno, y el tuyo te descubre, bella Magdalena, exclamó el caballero. En aquel momento preludiaron una polca, y Arturo Valdelirios se acercó á mí tambien diciéndome:

—Encantadora reina de Salamanca, estás ya conocida, y te causas en balde al querer disimular; por el contrario, quitate la máscara y concédeme esta polca, pues tu primo no tendrá celos de su amigo.

—Señor, le contesté en voz natural, ignoro quién es esa que V. llama reina de Salamanca; pero yo, Magdalena Bellavista, le digo que un noble Valdelirios no puede rebajarse hasta el extremo de querer bailar conmigo, pero que si fuese así yo declaro solemnemente que me niego y le rechazo, estando dispuesta á bailar con todos los caballeros que me rodean menos con V.

Al acabar de decir esto me quité la máscara con arrogancia, y miré frente á frente á la marquesa. Ella se puso pálida, pero no dijo nada.

Arturo, asombrado, exclamó dirigiéndose á mi primo que tambien se habia quitado la careta:

—¿Qué significa esto, Luis?

—Señor marqués, le contesté yo con desden, su señora madre de V. le dará la explicacion de mis palabras.

—¿Y si yo la deseo de V? repuso el jóven con altivez y cólera mal reprimida.

—En ese caso, caballero Valdelirios, interrumpió mi primo, soy yo quien debe dársela, y estoy pronto á hacerlo en el terreno que V. guste.

—¡Ahora mismo! gritó Arturo con violencia.

—Como V. quiera, dijo mi primo con tranquila entereza, y desasiéndose de mí, repuso:

—Querida Magdalena, quédate con el padre de Leocadia, que yo soy contigo al momento.

Al oír esto empecé á temblar, y maldije mil veces mi imprudencia. Cogí el brazo de mi primo con fuerza, y exclamé llena de dolorosa angustia.

—¡Dios mio! ¿qué vás á hacer Luis? ¡No, no!

La marquesa se puso en pié, y mirando á su hijo con rabia, le dijo:

—¡Arturo! estás loco! tú el marqués de Valdelirios barte con ese hombre! ¡Nunca, jamás consentiré tal menzura!

Yo arrastré de allí á Azpeitia, casi á la fuerza, y la vieja marquesa hizo lo mismo con su hijo; cortándose así un lance que podia traer funestas consecuencias.

—Luis, perdóname, si una locura mia estuvo á punto de hacerte derramar sangre! le dije con timidez.

—¿Por qué, amada mia? me respondió con tono bondadoso, tú estabas muy ofendida y defendiste tus derechos; es verdad, querida niña, que yo hubiera preferido que no lo hubieses hecho de un modo tan público, pero ya está hecho.

Al ver su generosidad no supe qué decir, y ansiosa de mostrale mi gratitud, bailé con él tres veces seguidas.

A cualquier sitio del salón que me dirigiese, recibia una ovacion continua, entusiasta y frenética.

General, estaba embriagada, y mi vanidad se mostraba satisfecha, y eso que mi vanidad era grande.

En una de las vueltas que daba por el salón, cogida del brazo de mi padre, al pasar al lado de la familia Valdelirios, un máscara, vestido con el gracioso traje andaluz, se quitó su marsellés, y tendiéndolo en el suelo, me dijo con galanteria:

—Pase V. por encima de él, hermosísima sultana, la mas bella que han visto mis ojos: ¿por qué se detiene V., encantadora estrella de Salamanca? ¡vá V. á desairarme por ventura?

Aunque era tan vana y presuntuosa que creia merecerlo todo, aquel arranque me ruborizó, y no supe qué decir: mi padre al verme cortada, respondió por mí:

—Galante andaluz, mi hija dá á V. las gracias por su delicada atencion; pero ya comprenderá V. que el aceptarla seria creer que lo merece, y se pondria altamente en ridiculo.

Míreme el andaluz con arrobamiento, y me dijo con exquisita finura:

—Ya que la hermosa sultana no quiere pisar mi marsellés, al menos me concederá el honor de bailar conmigo.

—Con el mayor placer, exclamé yo abandonando el brazo de mi padre para asirme al del galante máscara.

En aquel instante, general, yo no me hubiese cambiado por una Emperatriz, y arrojé una mirada de desden y orgullo sobre la marquesa, que estaba pálida de rabia, y rompía furiosa el encaje de sus puños.

Arturo afectaba no fijar la atención en mí, Irene me contemplaba atónita, y Eguilaz con verdadero entusiasmo.

En medio de mi loco desvanecimiento me consideré mucho mas noble y poderosa con mi belleza que la marquesa con sus títulos; yo tenia una corte á mis piés, y ella y sus hijos estaban casi abandonados.

¡Oh! la reparacion de mi ofensa no podia ser más brillante. Salamanca entera se encargó de dármele.

Era una danza lo que se bailaba.

En mitad de ella, una pareja propuso que se hiciesen figuras, cosa que fué aceptada en seguida.

Cuando me tocó mi turno, quise hacerla muy parecida al cotillon, porque así convenia á mis fines.

Me separé de mi pareja, y fui á buscar á un anciano brigadier, amigo de mi padre: á él entregué mi mano, para que diésemos dos vueltas.

El viejo se echó á reír, y me dijo:

—Magdalena, hija mia, tú siempre tan loquilla como hermosa: ¿quieres que ahora á mi edad me lance á bailar? No, querida, yo no me pongo en ridiculo: así, pues, hermosa mia, dirígete á cualquiera de los jóvenes que hay en el baile; pues todos tendrán el mayor placer en que les haga ese honor la bella entre las bellas.

—Señor brigadier, respondí riendo, V. con muy finas expresiones me ha desairado, cosa que es la primera vez que me sucede; así, en castigo, tiene V. que acompañarme hasta que encuentre pareja.

Me así de su brazo y le arrastré conmigo.

—Vamos, loquilla, repuso el amable señor; tú siempre haces de todo el mundo lo que quieres: vamos á recorrer el salón, á ver si hay alguno que me desembarace de tí.

—¡Gracias, señor de Puga! exclamé aparentando enojo. ¡Conque yo soy una incomodidad? ¡Pues ya está V. libre!

Nos hallábamos enfrente de los de Valdelirios. Yo con un descaro inaudito, y con graciosa coqueteria, me dirigí y Eguilaz y le dije sonriendo:

—¡Espero que hará V. esta figura de danza conmigo!

El jóven, atónito, se levantó con presteza, y asíó mi mano.

La marquesa me dirigió una mirada de rabiosa cólera.

Irene bajó la cabeza con abatimiento, como si presintiese una desgracia.

—¡Suerte has tenido, amigo Romualdo! exclamaron varios jóvenes; la encantadora estrella de Salamanca te ha distinguido entre todos nosotros.

Eguilaz se puso encendido al ver de este modo halagado su amor propio.

Entonces, siguiendo la figura puesta por mí, vino Leocadia, y sacó al jóven Arturo, lanzándonos los cuatro en el torbellino del baile.

(Se continuará.)

EL LOCO DE BAGDAD.

Bahalul, cuyas graciosas y acertadas respuestas le valieron el nombre de *megun*, esto es, *el loco*, mereció por sus ingeniosas contestaciones, por su humor siempre festivo, por sus dichos agudos y sentenciosos, la confianza y la amistad del poderoso califa Harun-Al Raschid, que le permitia tomase en su corte todo género de libertades.

Llamóle un día el califa y le encomendó que con prontitud y acierto escribiera el catálogo de todos los locos de la corte de Bagdad.

"Es imposible, contestó Bahalul; pero ordenadme que escriba la lista de todos los sábios y os obedeceré en seguida."

Una vez queriendo burlarse de él un vecino de Bagdad, vino á decirle que el califa acababa de comisionarle para reunir todos los osos, los lobos, ciervos y monas de su imperio.

"Pues entonces, contestó Bahalul sin vacilar, venid vos mismo á recibir mis órdenes, porque desde luego sois uno de mis vasallos."

Entraba cierto día Bahalul en el salón donde daba audiencia el príncipe, y viendo desocupado el trono se sentó en él con mucha gravedad. Apercibirle los porteros y echarle de allí sacudiéndole con sus bastones, llenándole de improperios, todo fué obra de un momento. Pero Bahalul comenzó á llorar y dar voces, en tales términos, que acudiendo el califa preguntó qué motivo tenia para quejarse y alborotar de aquel modo. —"¡Ah, señor! contestó Bahalul, no lloro por los golpes que me han dado, sino por el sentimiento que tengo por vos, pues si á mí por solo una vez que me he sentado en el trono durante mi vida, he sido apaleado, ¿cuánto no os tendrán que castigar á vos que venís á ocupar todos los días?"

El mismo monarca, que le apreciaba mucho, le dijo otro día: —"Bahalul, ¿cómo es que no te casas como los demás hombres? Si lo hicieras, tendrías una excelente compañera que cuidaria de tí, y no vivirías solo y aislado como los animales feroces. Ya sabes cuánto me intereso por tí, y para probártelo de nuevo voy á darte una esposa joven y hermosa como un ángel, y tan rica que te hará feliz por toda la vida."

Abrumado Bahalul con estas razones, y no atreviéndose á contradecir al califa, consintió en casarse, y terminadas las ceremonias de la boda se retiró con su linda esposa al aposento que les habian destinado. Pero apenas habian entrado en él, cuando sale precipitadamente y huye fuera de las puertas de Bagdad, corriendo como un loco por el puente de barquichuelos que atraviesa el Tigris. Noticioso el califa le manda buscar por todas partes, le encuentran y le conducen á su presencia. "¿Por qué has abandonado á tu inocente y enamorada esposa?" le pregunta Harun-Al-Raschid. "Señor, contesta tímidamente el loco de Bagdad, vos me habiais prometido al darme una compañera, que hallaria á su lado todas las dulzuras de la vida. Pero lejos de esto, mis esperanzas se han visto fallidas. Tan pronto como me he quedado solo con ella me ha parecido oír sinnúmero de voces, de las que la una pedía un traje, otra babuchas, otra velos y adornos, almohadones y perfumeria, otra dulces y toda clase de alimentos, riendo unas veces y otras llorando, por lo cual el medio mejor de recobrar la tranquilidad perdida ha sido indudablemente abandonar á mi esposa. ¿Qué seria de mí el día en que me viese rodeado de numerosa familia?"

Explicacion del Figurin 1038.

FIG. 1.^a—Traje para visitas.—Vestido de tafetan gris perla, adornado de bordados al pasado hechos con cordoncillo de seda malva. Sombrero guarnecido de terciopelos malva, pluma blanca y grupo de violetas. Pañuelo de encaje blanco, echado con descuido sobre los hombros.

FIG. 2.^a—Traje para niño.—Pantalon y chaqueta de paño lijero, color castaño, camiseta con cuello vuelto de batista, corbata y medias color de rosa.

FIG. 3.^a—Traje de reunion en el campo.—Vestido de seda maíz, adornada la falda y las mangas con un ancho volante plegado, ribeteado de raso de tono mas oscuro, y terminado con una puntilla negra de Chantilly. La misma puntilla termina la túnica ondeada y mas corta por atrás que por delante. Fichú de encaje de Chantilly, cuyas puntas cruzan sobre el pecho y se anudan atrás; lazos en el cabello de cinta maíz.



LOS PAÑALES DEL MUERTECITO.

(Original alemán de E. Pauenfeld.)

Muere el niño ¡ay! la madre llora y llora de día; llora y llora de noche.

¡E inconsoable quiere morirse!

Entónces, vuelve á reaparecer el niño difunto envuelto en su sudario de muerto, pálido y mas pálido....!!

—Ah! madre, le dice, acuéstate y duerme: mira! mira mis pañales cómo están empapados con tus lágrimas, y tanto, que ya el frio de su humedad me impide dormir!

Y el niño desapareció.

Perola madre, así como habia sacrificado su reposo por el de su hijo, cuando éste vivia, quiso ahora sacrificarle tambien su dolor.

Y para que no padeciera de muerto, no lloró mas.

¡Pobres y santas madres!

VICTOR HEIM.
Barranquilla, 1872.

CORRESPONDENCIA.

A una amable suscritora, interin me procuro la *Crème à la neige*, de que hablé á V. en mis cartas, recomiendo á V. la siguiente receta para hacer desaparecer las pecas del rostro, que un médico acaba de indicarme como excelente. Se toman dos gramos de sal de sosa, se mezclan con dos gramos de espíritu de lavanda y cerca de 200 gramos de agua llovida. Se humedece la cara dos ó tres veces al día con esta preparacion, obteniendo un resultado sumamente lisonjero.

C. D.—*Palma*.—Nada mas sencillo que devolver todo su brillo á los dijes de oro y de acero. Para los primeros, se toma un litro de agua, y 60 gramos de sal de amoníaco; se mezclan, y se hacen hervir los dijes en esta mezcla por espacio de media hora.

Cuando se sacan pasado este tiempo, están como nuevos.

Para los de acero, se toma aceite de oliva, se pone en él hollín, pasado antes por tamiz, se mezcla, y mojando en la mezcla un cepillo, se frota el acero que queda igualmente muy brillante.

J. M.—*Marsella*.—Es preciso empezar nuestras obras con reflexion, y continuarlas con actividad y perseverancia. Sin estos requisitos nunca llegará V. á hacer nada que sea de provecho. Consulte V. bien sus fuerzas antes de emprender una labor, y una vez decidida á emprenderla, cierre V. los ojos y los oídos á las seducciones de la pereza, y á las indicaciones del desaliento. Esto que la digo á V., hablando de las labores, puede V. y debe aplicarlo á las acciones morales.

P. O.—*Zaragoza*.—La admiracion es como la llama, que

disminuye desde el instante mismo en que no aumenta: no pretenda V. inspirar admiracion, que es una cosa frágil y pasajera, sino estimacion, que es una cosa sólida y la acompañará constantemente en todo el camino de la vida.

F. G. *Barcelona*.—El corsé de Mme. Gardier, cuyo único depósito se halla en el acreditado establecimiento de la plaza de Celenque, núm. 1, en Madrid, es el mas á propósito para corregir los defectos del cuerpo de su niña, y darla la esbeltez y la elegancia que la ha negado la naturaleza.

Tambien la recomiendo la peluquería *Catalana*, plaza de Tojete (antes de Santa Ana), en donde hallará V. á precios módicos, los trabajos mas bellos y primorosos.

C. O.—*San Sebastian*.—Hé aquí la excelente receta de unos polvos para los dientes, tan sencilla como V. desea: 32 gramos de magnesia inglesa, 64 gramos de quin-



JARDINES DEL SERRALLO.

quina encarnada en polvo, 1 gramo de esencia de menta, y 1 gramo de carmin.

L. M. *Sevilla*.—Desconfie V. siempre de los primeros movimientos de la cólera. Una buena mujer que disputaba á menudo con su marido, degenerando las disputas en sendas palizas, adquirió la costumbre, por consejo de su confesor, de llenarse la boca de agua, y de este modo pasado el primer acceso de ira, sabia contenerse en los límites de la prudencia, y las disputas no volvieron á turbar la paz del matrimonio.

Soluciones á las charadas insertas en el anterior número literario por doña Inocencia Martinez, doña Salvadora Clarós, doña Tomasa Irure, doña Sabina Gonzalez, doña Angela Clos, doña Saturia Mengibar, doña Luisa Sierra, doña Raimunda Lulio, doña Jacinta Anave, doña Gumersinda Ilona, y por los Sres. D. Andrés Tejado, Don Gabino Amado, D. Clemente Santurse, D. José del Pozo, y D. Alejandro Estrada.

I.

AMOROSA.

II.

SILVELA.

CHARADA.

Prima y segunda reside
En union de nuestro sér,
Tercia la tela que viste
Mas ufana la mujer.
Segunda y tertia el jamon
Más sabroso de comer,
Y el todo es aquel pueblo
Que bien puedes comprender.

J. R.

(La solucion en el próximo número literario.)

Cuentos de SALON.

Se ha repartido el tomo de Julio, con la primera parte de la novela

MADRID POR DENTRO

por

TEODORO GUERRERO.

Se vende á 4 rs. en la Administracion, plaza de Matute, 2, y en las librerías.

En provincias, 5 rs. en las librerías. Se remite franco, enviando su importe al administrador de los *Cuentos de Salon*, en Madrid.

En los mismos precios se venden las novelas *Una perla en el fango*, por Teodoro Guerrero: *Brígida*, por C. Frontaura: *La camelia y la mariposa* y *Una historia de lágrimas*, por T. Guerrero: *La doncella del piso segundo*, por Carlos Frontaura: *El Vellochino de oro* y *Feay pobre*, por Guerrero, y *La maldita vanidad*, por Frontaura.

A los suscritores por semestre y año se les regalan en el acto dos libros y en Noviembre el *Almanaque de salon* con láminas y caricaturas.

ADVERTENCIA.

La empresa del CORREO DE LA MODA, de acuerdo con la que publica en Cádiz el interesante periódico *Las Buenas Novelas*, notable por todos conceptos, ofrece á sus abonados, que quieran suscribirse á las dos publicaciones unidas

una notable rebaja en sus precios, que son como sigue:

PROVINCIAS.

EL CORREO DE LA MODA. Edicion de Lujo con *Las Buenas Novelas*, que reparte cinco números al mes, equivalentes á 40 entregas, de las que comunmente se publican, ilustradas con profusion de magníficos grabados, que hacen su lectura mucho más interesante y recreativa, y una lindísima pieza de música para piano.

Por 1 año.... 180 rs. las dos publicaciones.
" 6 meses. 92 " " "
" 3 meses. 48 " " "

EL CORREO DE LA MODA, Edicion económica con *Las Buenas Novelas*. Por 1 año.... 120 rs. las dos publicaciones.

" 6 meses. 64 " " "
" 3 meses. 34 " " "

MADRID.

EL CORREO DE LA MODA, Edicion de lujo, con *Las Buenas Novelas*. Por 1 año.... 156 rs. las dos publicaciones.

" 6 meses. 80 " " "
" 3 meses. 42 " " "
" 1 mes... 17 " " "

EL CORREO DE LA MODA, Edicion económica, con *Las Buenas Novelas*. Por 1 año.... 108 rs. las dos publicaciones.

" 6 meses. 56 " " "
" 3 meses. 30 " " "
" 1 mes... 13 " " "

Los señores suscritores al CORREO DE LA MODA que deseen adquirir todo lo publicado de *Las Buenas Novelas*, podrán adquirirlo á razon de 36 rs. al año.

Las Sras. Suscritoras á la Edicion de lujo recibirán con este número el Figurin iluminado.

Editor-propietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de G. ESTRADA, Hiedra 7.